

24/2017

9 de marzo 2017

*Emili J. Blasco\**

La regresión de la integración en América del Norte reaviva las tendencias geopolíticas regionales

[Visitar la WEB](#)

[Recibir BOLETÍN ELECTRÓNICO](#)

## La regresión de la integración en América del Norte reaviva las tendencias geopolíticas regionales

### Resumen:

El proceso de revisión del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) planteado por la Administración Trump, aunque puede introducir mejoras satisfactorias para los tres países que lo integran, obedece a una actitud de recelo hacia al proceso de integración norteamericano de las últimas dos décadas. Una regresión en el avance hacia una mayor convergencia regional podría reavivar las tendencias geopolíticas de los tres países de América del Norte. Mientras unas podrían empujar a un tirante distanciamiento entre México y Estados Unidos, otras podrían conducir a una creciente absorción de Canadá por parte de su vecino del sur.

### *Abstract:*

*Though the overhaul of the North American Free Trade Agreement (NAFTA) asked by the Trump administration may introduce positive improvements for the three country partners, it obeys to an attitude of distrust towards the North American integration process of the last two decades. A regression in the advance towards greater regional convergence could revive the geopolitical tendencies of the three countries of North America. While some of them could push for a tightening gap between Mexico and the United States, others could lead to a growing absorption of Canada by its southern neighbor.*

**Palabras clave:** Norteamérica, integración norteamericana, TLCAN, Estados Unidos, Canadá, México, geopolítica.

*Keywords: North America, North American integration, NAFTA, United States, Canada, Mexico, geopolitics.*

**\*NOTA:** Las ideas contenidas en los **Documentos de Opinión** son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.

La aspiración de cierta unidad continental apenas ha echado raíces en Norteamérica, a diferencia del paneuropeísmo en el Viejo Continente o incluso del panamericanismo de Centroamérica y de Suramérica. Por razones históricas, culturales y, sin duda, geopolíticas los tres países que conforman el subcontinente septentrional americano no han desarrollado propiamente un concepto de comunidad regional. La firma en 1992 del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), que entró en vigor el 1 de enero de 1994, vino a crear un ambicioso marco común. Si bien prácticamente restringido a la interacción comercial, el acuerdo abría la puerta a una mayor integración entre Estados Unidos, México y Canadá. El incremento de los intercambios, sin embargo, no ha dado paso a la formalización de instancias para la resolución conjunta de problemas compartidos; además, la falta de consolidación de los avances logrados puede permitir cierta regresión en la convergencia tripartita.

Este trabajo examina la evolución del proceso norteamericano de integración en las últimas dos décadas y se interroga sobre el futuro desarrollo de las relaciones entre Estados Unidos, México y Canadá a partir de las realidades geopolíticas del subcontinente mismo y de cada uno de los tres países que lo forman. Esas realidades son hoy más patentes en la medida en que la apelación directa al interés estrictamente nacional, auspiciada por la Administración Trump y por otros actores en auge en el mundo, obligan a revisar el idealismo que ha alimentado muchas de las construcciones supraestatales edificadas en diferentes regiones del planeta.

## **El desarrollo del TLCAN**

### ***Dos etapas de la integración: implementación y estancamiento***

Las relaciones de Canadá y de México con Estados Unidos han sido fáciles históricamente, dada la condición de hegemonía de su principal vecino. Las medidas proteccionistas adoptadas en el pasado por mexicanos y canadienses para evitar la inundación de sus mercados con productos estadounidenses comenzaron a revisarse en la década de 1980. En esos años México y Canadá abrieron sus economías y buscaron acuerdos de libre comercio con Estados Unidos. Ottawa y Washington firmaron un acuerdo bilateral en 1988, que luego serviría de base para la incorporación de México al

tratado a tres bandas del TLCAN. Este comenzó a negociarse bajo la presidencia de George H. W. Bush y se completó ya con Bill Clinton en la Casa Blanca.

En la aplicación del TLCAN cabe hablar de dos etapas, según distingue *The North American Idea*, de Robert A. Pastor, miembro del Consejo de Seguridad Nacional con Jimmy Carter y distinguido defensor de una sustancial confluencia entre Canadá, México y Estados Unidos. Un primer periodo de implementación de las disposiciones, con la progresiva reducción o desaparición de aranceles, entre 1994 y 2000, que llevó a un gran salto en los intercambios comerciales. Y un periodo posterior, a partir de entonces, de estancamiento en cuanto a la integración, si bien los volúmenes del comercio siguieron creciendo<sup>1</sup>.

El año 2000, pues, marcó el punto más alto en el proceso de convergencia. En febrero de 2001, en ese contexto de voluntad de avance, los recién elegidos presidentes Vicente Fox y George W. Bush se reunieron en el rancho del primero, en Guanajuato, y se comprometieron a una «comunidad económica» de Norteamérica. Lo cierto es que, como luego explicaría Fox, Bush deseaba buenas relaciones, pero desconocía lo que significaba la fórmula de la que hablaban, de forma que en su siguiente cita, celebrada en Washington a principios de septiembre, hubo pocos progresos<sup>2</sup>. Escasos días después se produjeron los ataques del 11-S y Estados Unidos comenzó a aplicar mayores restricciones en el tránsito a través de sus fronteras. Desde entonces, Bush se concentró en la guerra contra el terrorismo, dejando a un lado la intensificación de relaciones con sus dos vecinos. Por su parte, los demócratas estadounidenses, una vez fuera del poder, pasaron a ser especialmente críticos con el TLCAN.

Eso último se puso especialmente de manifiesto en la campaña de las primarias demócratas de 2008, cuando tanto Barack Obama como Hillary Clinton hablaron de revisar el Tratado. Obama prometió que procedería a los cambios inmediatamente después de ser elegido, aduciendo los mismos argumentos que luego Clinton, ocho años más tarde, emplearía también contra el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica. Ambos políticos se alineaban con las protestas sindicales por la afectación de sueldos y puestos de trabajo.

---

<sup>1</sup> PASTOR Robert, *The North American Idea. A Vision of a Continental Future*, Nueva York, Oxford University Press, 2011, p. 9

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 56

Guiado presumiblemente por criterios de pragmatismo, Obama finalmente no cumplió su palabra cuando entró en la Casa Blanca, aunque tampoco ahondó en el concepto de comunidad regional. La Administración Obama tuvo una actitud de cooperación con Canadá y México en diferentes ámbitos, como el de la seguridad, pero más en el plano bilateral que en trilateral. Desde 2012, las cumbres de los tres presidentes, que comenzaron siendo anuales, se han venido celebrando cada dos años. Además, muchas de las instituciones creadas en la arquitectura del TLCAN han estado funcionando a bajo nivel. Es el emblemático caso del Banco de Desarrollo de América del Norte, en el que no participa Canadá.

Las dificultades para una mayor convergencia obedecen en parte a los problemas de identidad con que cada uno de los tres países afronta la idea de Norteamérica. Es lo que Pastor llama el puzle de canadienses, estadounidenses y mexicanos<sup>3</sup>. Así, Canadá se enfrenta a la incongruencia de ser un país que con justicia se ha ganado fama mundial de multilateralista, pero que en el plano regional prefiere la bilateralidad con Estados Unidos. De hecho, cuando desde Canadá se habla de Norteamérica muchas veces se está haciendo referencia solo al territorio al norte de Río Grande/Bravo. Si Canadá prefiere tratar directamente con Estados Unidos, relegando a México a una órbita exterior, Estados Unidos se ve a sí mismo sin par y marca distancia con los dos vecinos, cayendo en la inconsistencia de ser una nación de inmigrantes y al mismo tiempo tener cierto carácter insular en muchos aspectos. Por su lado, México aqueja la ambivalencia de buscar una integración que le ayude a unirse al club de los países más avanzados y simultáneamente temer quedar subyugado por el poder económico estadounidense.

El compromiso de un verdadero paso hacia adelante debiera conducir, según propone Pastor, a una mayor integración regional, elevando el TLCAN a Comunidad de América del Norte. No una Unión Norteamericana, a imagen de la Unión Europea, con un mercado común en el que haya libre circulación de trabajadores, pero sí una unión aduanera, con tarifas comunes para terceros países. El autor sugiere que, a la espera de que eso pueda llegar un día, Washington haría bien en crear mecanismos de alto nivel para abordar asuntos de la región, como nombrar un coordinador especial del presidente

---

<sup>3</sup> Ibid., pp. 152-154

estadounidense para los asuntos de América del Norte o crear un comité interparlamentario sobre el subcontinente en el Congreso.<sup>4</sup>

En Estados Unidos no han faltado otros defensores de la potencialidad conjunta de los tres estados norteamericanos, entre los que se encuentra el general David Petraeus. En su labor académica y de conferenciante, el general estadounidense ha destacado las sinergias que deberían aprovecharse, singularmente el sector energético, pero también en el de las manufacturas, las ciencias de la vida y la tecnología de la información<sup>5</sup>. El argumento de fondo de Petraeus es que en un momento de retroceso relativo de Estados Unidos como superpotencia, no por declive propio sino por la emergencia de otros, Washington debería sustituir su autosuficiencia por una colaboración inteligente con sus vecinos: «Después de Estados Unidos viene Norteamérica»<sup>6</sup>.

### ***Éxito económico, pero duda social***

Desde la entrada en vigor del TLCAN, el aumento del intercambio comercial de México y Canadá con Estados Unidos ha sido formidable. En 2015, el volumen del comercio de Estados Unidos con su vecino del norte alcanzó los 581.000 millones de dólares, y el mantenido con su vecino del sur llegó a los 534.000 millones de dólares (la interacción entre Canadá y México, en cambio, está por debajo de los 30.000 millones de dólares). Tanto México como Canadá, que destinan a Estados Unidos, respectivamente, el 80 por ciento y el 75 por ciento de sus exportaciones, tienen una balanza comercial positiva en su relación con la gran potencia norteamericana. En 2015, el superávit mexicano fue de unos 60.000 millones de dólares y el canadiense, de 21.000 millones de dólares<sup>7</sup>. Para ponerlo en su contexto, no hay que olvidar que la balanza comercial general de Estados Unidos ha sido históricamente deficitaria.

La Administración Trump ha señalado especialmente el superávit de México, país que en 2015 se benefició además de una inversión estadounidense de 15.797 millones de

---

<sup>4</sup> Ibid., pp. 148 y 160

<sup>5</sup> PETRAEUS, David y BHAYANI, Paras, *The Next Great Emerging Market? Capitalizing on North America's Four Interlocking Revolutions*, Harvard Kennedy School, Cambridge, 2015, p. 1

<sup>6</sup> Intervención del general Petraeus en la Margaret Thatcher Conference on Liberty 2014, en <http://www.telegraph.co.uk/news/politics/thatcher-conference-liberty/10908030/Margaret-Thatcher-Conference-on-Liberty-as-it-happened.html>

<sup>7</sup> <https://www.stratfor.com/image/awkward-trade-relationships-nafta-created>

dólares y de unas remesas de particulares de 23.683 millones. Pero en la relación hay beneficios para ambas partes: Estados Unidos también ha logrado expandir notablemente su mercado en México, país al que en 2015 exportó mercancías por valor de 280.000 millones de dólares, frente a los 41.600 millones de 1993<sup>8</sup>. Si bien algunos sectores de la economía estadounidense se han visto afectados negativamente, otros han tenido una gran oportunidad. Es el caso, por ejemplo, de los productores de grano de soja, que en veinte años han quintuplicado sus ventas al otro lado de la frontera. Más allá de déficits o superávits, el incremento del PIB per cápita de México debiera ser de interés estratégico para Washington, porque esa interacción ayuda tanto a elevar el poder adquisitivo de un mercado bien próximo, como a dar solidez política y social a un país cuya inestabilidad puede traducirse en amenaza de seguridad y presión migratoria para Estados Unidos.

Pese a que el TLCAN, pues, también ha contribuido a dinamizar la economía de Estados Unidos, la atribuida pérdida de entre 100.000 y 700.000 puestos de trabajo (muchos de ellos vinculados al sector del acero y de la automoción, localizados en los estados de Ohio, Wisconsin, Michigan y Pensilvania, precisamente los que determinaron la victoria electoral de Donald Trump) explica la sensación de perjuicio que fomentan determinados discursos políticos y que reflejan las encuestas. Uno de los sondeos durante la última campaña electoral estadounidense indicaba que solo el 29 por ciento de los posibles votantes creía positivos para el país los acuerdos de libre comercio, mientras que el 49 por ciento los veía negativos; el 50 por ciento era favorable a una renegociación del TLCAN<sup>9</sup>. En la formación de esa opinión también influye la inmigración llegada a Estados Unidos a través de su frontera sur: tanto la inmigración legal (en 1930 residían en el país 641.000 mexicanos; en 1970 la cifra apenas había subido a 760.000, pero desde la década de 1990 la inmigración se disparó y hoy se calcula que residen unos 35 millones) como la ilegal (de los estimados once millones de indocumentados, algo más de la mitad serían mexicanos).

En sus mensajes de campaña, Donald Trump llegó a postular la suspensión del TLCAN, para luego inclinarse por su renegociación. La revisión de un tratado no tiene porqué

---

<sup>8</sup> <https://www.wsj.com/articles/naftas-overall-u-s-impact-is-modest-1485469689>

<sup>9</sup> [http://www.rasmussenreports.com/public\\_content/politics/general\\_politics/june\\_2016/voters\\_aren\\_t\\_happy\\_with\\_nafta\\_other\\_free\\_trade\\_deals](http://www.rasmussenreports.com/public_content/politics/general_politics/june_2016/voters_aren_t_happy_with_nafta_other_free_trade_deals)



limitar sus potencialidades, pues la puesta al día también puede corregir desviaciones indeseadas y facultar una revitalización de las relaciones. Pero el contexto utilizado por el presidente Trump significa un cuestionamiento mismo del TLCAN; cuando menos, no parece que vaya a ser impulsado durante su presidencia. En sus comunicaciones con el primer ministro Justin Trudeau y con el presidente Enrique Peña Nieto, Trump ha mostrado su preferencia por la bilateralidad y ha desconsiderado los mecanismos trilaterales del TLCAN. Si bien el desarrollo de una comunidad de estados norteamericanos incluye no solo el capítulo comercial –ha habido clara cooperación energética entre Canadá y Estados Unidos, y en materia del crimen organizado entre este último país y México–, lo cierto es que cualquier proceso formal de integración debiera partir de una arquitectura inicial como la del TLCAN. Su cuestionamiento sugiere una paralización de la dinámica política regional puesta en marcha en 1992.

### **Geopolítica en el espacio norteamericano**

En el caso de producirse una reversión del muy modesto estadio de integración norteamericana alcanzado, alejando cualquier estructura de comunidad, la tímida trilateralidad de hoy daría paso a un estricto bilateralismo que dejaría más claramente al descubierto las dinámicas geopolíticas propias existentes en el seno de América del Norte.

Los autores que más se han venido ocupado de la geopolítica del subcontinente septentrional americano han destacado el especial activo estratégico de su gran franja central, ocupada por Estados Unidos. Su valor original radica especialmente en su fértil llanura del medio oeste, la más amplia del mundo ubicada en clima templado, y en el sistema de ríos navegables que la surcan. Esas vías fluviales, junto con la abundancia de buenos puertos, sobre todo en su costa este, y el largo canal intracostero atlántico supusieron excelentes condiciones para la generación de riqueza en el momento constitucional del país. Estados Unidos tiene más kilómetros de vías navegables que el resto del mundo combinado, así como la mayor porción contigua de tierra arable del planeta. La extensión del país de océano a océano –*from sea to shining sea*, de su himno patriótico– aumentó la escala de la industrialización y aportó el trampolín para la proyección mundial estadounidense.

Esta realidad queda condensada en una frase de Robert Kaplan: «los estadounidenses no son importantes por quiénes son, sino por dónde viven»<sup>10</sup>. Peter Zeihan ha remarcado, en esa misma línea, la *accidentalidad* del poder alcanzado por Estados Unidos: «Puesto que la raíz del poder estadounidense es geográfica y no el resultado de un particular plan o ideología, el poder estadounidense es incidental. Incluso accidental»; Estados Unidos ocupa un lugar físico que no solo es benigno, sino que además «empodera»<sup>11</sup>.

La posición geográfica de Estados Unidos, y el poder que esta le ha permitido alcanzar, también es subrayada por George Friedman, quien precisa que, de entrada, es Norteamérica misma en su conjunto la que goza de un emplazamiento ventajoso en el planeta: «Solo Norteamérica puede alojar a una nación transcontinental capaz de proyectar poder simultáneamente en el Atlántico y en el Pacífico. Por eso Norteamérica es el centro de gravedad del sistema internacional», de manera que quien domina Norteamérica «tiene virtualmente asegurado que será la potencia global dominante»<sup>12</sup>. Ya en sus observaciones, Halford MacKinder consideraba a América del Norte como estratégicamente competente frente a la gran isla-mundo de África-Eurasia<sup>13</sup>.

### **Estados Unidos-México**

Pero mientras que Norteamérica, por la distribución de las masas de tierra y agua en el globo, tiene una ventaja estratégica perdurable, el reparto territorial entre los tres países vecinos, según el cual Estados Unidos copa la porción mejor dotada geográficamente, no tiene por qué ser perpetuo. Cambios de límites, sustanciales en el caso de la demarcación entre México y Estados Unidos, ocurrieron en el pasado y un distanciamiento futuro entre las dos naciones podría traer tensión a su frontera. Friedman advierte que si en 1800 «una persona razonable hubiera preguntado cuál sería la

---

<sup>10</sup> KAPLAN, Robert, *The Revenge of Geography. What Maps Tell Us About Coming Conflicts and the Battle Against Fate*, Nueva York, 2012, p. 343

<sup>11</sup> ZEIHAN, Peter, *The Accidental Superpower. The Next Generation of American Preeminence and the Coming Global Disorder*, Nueva York, Twelve, 2014, pp. 9 y 78

<sup>12</sup> FRIEDMAN, George, *The Next 100 Years. A Forecast for the 21st Century*, Nueva York, Anchor Books, 2010, pp. 5 y 28

<sup>13</sup> MACKINDER, Halford, *Democratic Ideals and Reality. A Study in the Politics of Reconstruction*, Nueva York, Henry Holt and Co., 1919, p. 28



potencia dominante en América del Norte en doscientos años, la lógica respuesta hubiera sido México. En ese tiempo era un país mucho más desarrollado y sofisticado (y mejor armado) que Estados Unidos»<sup>14</sup>. Aún en 1821, el año en que México se independizó del imperio español, los dos países tenían similar extensión y población (siete millones de habitantes cada uno). La incorporación de Texas en 1845 y el resto de territorios *cedidos* por México en 1848 tras la guerra que enfrentó a ambos países, dio a Estados Unidos el dominio continental, clave para su surgimiento como superpotencia mundial.

Hubo gestiones posteriores de Estados Unidos para ganar más espacio hacia el sur. La necesidad de fondos para las batallas intestinas mexicanas llevaron a Benito Juárez a ofrecer la venta de Baja California, Sonora y la mitad de Chihuahua en la década de 1850; en la de 1860 el secretario de Estado William Seward apostó por acelerar la *americanización* de México, con la idea de que con el tiempo tal vez esa nación pudiera incorporarse a Estados Unidos, creando un país conjunto que podría instalar su capital en algún punto del norte de México (al final Washington tuvo más interés en adquirir Alaska)<sup>15</sup>. La ganancia de ese terreno sureño extra, en realidad, era superflua para el dominio de América del Norte, que es «el primer imperativo geopolítico de Estados Unidos, ese sobre el que descansan todos los demás»<sup>16</sup>. De hecho, desde el momento en que fijó sus actuales límites en el continente, Estados Unidos no ha experimentado la necesidad efectiva de ninguna expansión territorial más, ni hacia el norte ni hacia el sur.

México tampoco ha cobijado propiamente aspiraciones de recuperar territorio perdido, ni siquiera cuando Estados Unidos estuvo debilitado durante la Guerra de Secesión o cuando para ello podía aspirar a contar con el auxilio de una potencia exterior, como en la Primera Guerra Mundial o en la Guerra Fría. El enorme potencial militar estadounidense constituye un gran poder de disuasión para imaginar siquiera una aventura de ese tipo.

De todos modos, en un ejercicio de aventurar desarrollos a largo plazo, Friedman sugiere que, con el paso del tiempo (él lo sitúa hacia final del presente siglo), podría darse una confrontación armada entre Estados Unidos y México que, en cualquier caso, surgiría de

---

<sup>14</sup> FRIEDMAN, George, *The Next Decade. Where We've Been... and Where We're Going*, Nueva York, Doubleday, 2011, p. 203

<sup>15</sup> AYALA, Armando, *La epopeya de México II (De Juárez al PRI)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 52 y 169

<sup>16</sup> FRIEDMAN, *The Next 100 Years*, op. cit., p. 223

modo imprevisto. De ocurrir, se trataría de un conflicto que escalaría «orgánicamente» a partir de posibles tensiones provocadas por una nueva ola de inmigración mexicana, en gran medida concentrada en el territorio estadounidense que un día perteneció a México. Esa inmigración cultivaría los nexos con México, país que para entonces habría experimentado mayor desarrollado y cuyo irredentismo estaría cada vez más vivo, y al mismo tiempo rechazaría el proceso de asimilación exigido desde Washington. En el plano geopolítico, sería una lucha por «el centro de gravedad» de América del Norte<sup>17</sup>.

De hecho, la supremacía en Norteamérica es algo sujeto al pulso entre Estados Unidos y México. En el momento de su independencia, Estados Unidos tuvo sus disputas con las fuerzas británicas en Canadá y luego esa frontera norte quedó fijada con cierta rapidez. La expansión estadounidense se hizo sobre todo hacia el oeste y el suroeste. Del vasto territorio que las viejas colonias consiguieron más allá de los Apalaches, la mitad fue lograda mediante desplazamiento forzado de sus moradores indios y también mediante compra o acuerdos pacíficos con otras potencias europeas. La otra mitad, la que convertía a Estados Unidos en un país plenamente interoceánico, fue conseguida en gran parte de México como resultado de una guerra. Friedman plantea que así como un día lo que hoy son los estados de Texas, Nuevo México, Arizona, California, Nevada, Utah y parte de Colorado pasaron de México a Estados Unidos, puedan quizá en un futuro volver a manos mexicanas, a imagen de lo que en Europa ocurrió con Alsacia y Lorena, arrebatadas por Alemania y luego recuperadas por Francia<sup>18</sup>. Se trata de un espacio *colchón* entre el *heartland* de los dos países.

En la hipótesis de que perdiera esos territorios, que contienen amplias extensiones áridas, Estados Unidos sería igualmente rico, pero no tendría la misma proyección mundial, al disponer de una costa pacífica reducida. Además, un México crecido, que doblaría así su superficie, supondría una continuada amenaza para el *heartland* estadounidense, en especial por su cercanía a la desembocadura del sistema fluvial de la gran cuenca del Misisipi.

---

<sup>17</sup> Ibid., pp. 238 y 239

<sup>18</sup> Ibid., p. 225

Kaplan estima que la colonización al oeste del meridiano 100 es lo que otorgó a Estados Unidos conciencia imperial<sup>19</sup>, no solo por alcanzar una dimensión continental, sino porque imprimió a los estadounidenses un carácter de frontera –de pioneros– que les llevó a no pararse cuando llegaron a las orillas del Pacífico, sino a aventurarse más allá, con una *Navy* que fue capaz de dominar los mares. Las bien irrigadas llanuras fértiles del sistema del Misisipi actuaron de fuerza centrípeta y unificaron la nación, consolidándola y fortaleciéndola para afrontar después el reto de incorporar las llanuras áridas del gran desierto americano y las Montañas Rocosas. Perder parte de ese espacio, pues, sería resquebrajar el basamento imperial estadounidense.

Kaplan considera que hay ciertos interrogantes de futuro en relación a las viejas posesiones mexicanas que hoy son parte de Estados Unidos. «Con la cultura del español surgiendo de nuevo», escribe al visitar esas tierras, «aquí me siento como en terreno vacilante, como si las fronteras del continente no fueran naturales en absoluto». Kaplan apunta que las incógnitas sobre la evolución nacional también afectan a México, pues en el norte mexicano hay una gran influencia económica estadounidense y el dólar es moneda común. «Una nueva región-estado está naciendo, comprendiendo el norte de México y el suroeste de Estados Unidos. Esto no tiene que ver con el declive o degeneración de Estados Unidos (...), sino con la transformación de Estados Unidos en un país más allá sus raíces de zona templada sobre las que se basa geográficamente»<sup>20</sup>.

Precisamente por eso, Kaplan ve esencial el modo como Estados Unidos resuelve su relación con México. De entrada, prefiere hacer una apuesta positiva, destacando que una mayor integración es vital para la prosperidad en toda Norteamérica: «El destino de Estados Unidos será norte-sur, en lugar de este-oeste». Considera que el país ya no es una isla protegida por los dos océanos, sino que la globalización le ha puesto más cerca el resto del mundo, no solo por la tecnología, sino también por la presión demográfica de México y Centroamérica. De todas maneras, advierte que el poder de Estados Unidos dependerá de la opción por la que se decante, de las dos que tiene ante sí: crear algún tipo de supra-estado con México (y Canadá), cohesivo y bilingüe, o quedar atrapado por

---

<sup>19</sup> KAPLAN, Robert, *Earning the Rockies. How Geography Shapes America's Role in the World*, Nueva York, Random House, 2017, p. 91

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 119

una vasta y disfuncional región fronteriza, que genere tensión entre la cultura anglo-protestante aún dominante en Estados Unidos y su contraparte hispana<sup>21</sup>.

La interacción con Estados Unidos en realidad es lo que ha permitido acelerar el desarrollo mexicano, país muy poco bendecido geográficamente, más allá de tener un océano a cada lado. Como apunta Zeihan, «las peores tierras de Estados Unidos son sorprendentemente similares a las mejores de México»<sup>22</sup>. México no tiene ríos navegables y la mayor parte de su territorio es jungla tropical o desierto. Además es muy montañoso, partiendo al país en numerosos valles con vida bastante independiente, lo que explica su particular historia de facciones y carteles. Zeihan es inmisericorde: «en esencia, a México le faltan las características geográficas para ser un estado con éxito (...) El único significativo país que en el mundo ha tenido tan mala fortuna geográfica es quizás Afganistán». Frente a la opinión general de que el narcotráfico hunde las posibilidades económicas de México, el autor mantiene justamente lo contrario: gracias a ese problema, los salarios son bajos, lo que ha atraído muchas manufacturas estadounidenses y le permite competir con China a medida que los sueldos en ese país asiático se han ido incrementando<sup>23</sup>.

### ***Estados Unidos-Canadá***

Al igual que México, tampoco Canadá ocupa en Norteamérica el tercio más ventajoso geográficamente. Canadá está encerrado por la geografía y el poder de Estados Unidos, constreñido al norte del hemisferio occidental, entre la frontera estadounidense y el comienzo de la zona subártica, de fríos poco aconsejables para los asentamientos humanos. Situado la mayor parte de su territorio al norte del paralelo 49, por cuestiones climatológicas los centros de población se desarrollaron en su área meridional, próximos a la frontera sur. El 80 por ciento de sus 35 millones de habitantes vive en esa franja, a menos de dos horas en automóvil de Estados Unidos. Diversas barreras geográficas situadas entre esos núcleos de población los convierten en bolsas demográficas que en ciertos casos tienen escasa conexión entre sí. Debido a esos impedimentos para una

---

<sup>21</sup> KAPLAN, *The Revenge of Geography*, op. cit., pp. 333 y 344

<sup>22</sup> ZEIHAN, op.cit., p. 74

<sup>23</sup> Ibid., pp. 274 y 279

relación este-oeste, la mayor parte de la vida económica y social canadiense está orientada hacia las correspondientes regiones del norte de Estados Unidos.

Se trata, pues, de un país fragmentado, con problemas de vertebración nacional, más allá de la cuestión de Quebec, la provincia francófona que ha conocido tendencias separatistas. Entre el Pacífico y el Atlántico, la superficie de Canadá presenta tres principales fracturas. Están las Montañas Rocosas, que en territorio canadiense son no solo tan escarpadas como en Estados Unidos, sino que además ofrecen menos espacios abiertos para el desarrollo humano; al mismo tiempo, al encontrarse tan al norte, muchos de sus pasos resultan cerrados con frecuencia en invierno. Luego está el Escudo Canadiense, una gran extensión de roca desnuda sobre la que apenas se desarrolla la agricultura. Finalmente, en buena parte de su recorrido hacia el océano, el río San Lorenzo se abre a una larga bahía que actúa como cuña, separando mucho las orillas.

Todas esas barreras dividen al país en cinco pedazos. Así, Vancouver es una especie de ciudad estado, que comercia más con Asia que con Ontario; el cereal de las praderas canadienses y el petróleo de las arenas de Alberta sale a los mercados mundiales a través de Estados Unidos, y si un día Quebec se independizara, las provincias marítimas atlánticas quedarían completamente desconectadas del resto del país.

No es únicamente que Canadá, en el mejor de los casos, sea «inestable y difícil de manejar desde un punto de vista geográfico y político», como dice Zeihan, sino que, siguiendo a este mismo autor, el país también presenta un serio problema demográfico<sup>24</sup>. Su rápido envejecimiento, uno de los mayores del mundo, puede hacer que en 2025 Canadá padezca el mismo envejecimiento de la población que hoy tiene Japón. Ante la objeción de que Canadá es un país abierto a la inmigración, Zeihan precisa que, debido a que no hay inmigración que cruce sus fronteras por tierra, el tener que pagarse un pasaje de avión condiciona el poder adquisitivo, el nivel de formación y la edad de quienes llegan. Mientras que los mexicanos que entran en Estados Unidos tienen un media de 18 años, los inmigrantes que alcanzan Canadá cuentan con 32: son personas que no cotizarán mucho tiempo en el sistema de pensiones y que en cambio se beneficiarán plenamente de él, añadiendo presión al régimen de jubilaciones.

---

<sup>24</sup> Ibid., p. 251-253

En Canadá se ha venido incubando, además, lo que Zeihan llama la *cuestión de Alberta*<sup>25</sup>, otro posible foco de tensión separatista. Gracias al boom de la explotación petrolera experimentada hasta la caída de precios de 2014, la extracción del crudo de las arenas de Alberta ha convertido a esta provincia en la más rica y joven del país. Los recientes años de bonanza atrajeron inversiones y población nueva, y provocaron tirantez entre Calgary y Ottawa, pues la puntera provincia se resentía de la obligada contribución fiscal al resto del país y a los gastos de la burocracia federal. Al igual que en otras épocas el peso de Toronto y de Montreal en la federación se tradujo en liderazgos políticos nacionales, la fuerza adquirida por Alberta se manifestó en la elección como *premier* de Stephen Harper (2008-2016). También a semejanza del *Parti Québécois*, Alberta ha conocido el desarrollo de un partido propio, el *Wildrose Party*. La caída de los precios del crudo ha debilitado las aspiraciones de la provincia; no obstante, su industria petrolera podría beneficiarse de la construcción del oleoducto Keystone XL, que conectaría los pozos de Alberta con las refinerías del área de New Orleans.

A pesar de que la población canadiense se concentra cerca de la frontera con Estados Unidos, su distribución a lo largo de los 8.900 kilómetros fronterizos desactiva cualquier hipotética amenaza para su gran vecino. Canadá solo sería una amenaza si se aliara con una potencia global exterior. Y eso solo sería concebible en el caso de que el país se fragmentara: no por Alberta (inviabile por separado, tendría más sentido su integración en Estados Unidos), sino por Quebec, pues independencia sería un buen instrumento para la estrategia de una gran potencia del otro hemisferio: para evitar una situación de ese tipo es por lo que justamente se formuló la Doctrina Monroe<sup>26</sup>. En el caso de México, el grueso de sus 120 millones de habitantes reside en el centro del país, de manera que sus territorios del norte cuentan con poca densidad de población y casi no albergan grandes ciudades. Además de las características demográficas están las naturales: «En el norte, bosques y lagos separan a Estados Unidos de Canadá, un país con tan poca buena tierra como para ser una significativa amenaza de seguridad sin un masivo patrocinio exterior (...) En el sur, desiertos y montañas bloquean a México»<sup>27</sup>.

---

<sup>25</sup> Ibid., p. 258 y ss.

<sup>26</sup> FRIEDMAN, *The Next Decade*, op. cit., p. 212

<sup>27</sup> ZEIHAN, Peter, *The Absent Superpower. The Shale Revolution and a World Without America*, Austin, Zeihan on Geopolitics, 2016, p. 96



## Conclusiones

El Tratado de Libre Comercio de América del Norte puso en marcha en 1994 la primera experiencia de un marco comunitario en Norteamérica. Aunque reducido al intercambio comercial, el TLCAN sentaba las bases para una cooperación más ambiciosa entre Estados Unidos, Canadá y México. Durante una primera etapa, la reducción de tarifas y la sincronización de estándares permitieron un gran despegue del comercio de Canadá y México con Estados Unidos, al tiempo que algunas voces sugerían ir incluso más allá, elevando la cooperación a la fórmula de *comunidad económica*. Ya normalmente reacio hacia vinculaciones multilaterales, Washington se desinteresó de nuevos pasos de convergencia trilateral a raíz del 11-S de 2001 y de las nuevas prioridades que imponía. A partir de entonces el comercio entre los tres países del norte continental ha seguido en aumento, como lo ha hecho también la cooperación en materia energética y de seguridad, pero la arquitectura del TLCAN ha contado con menos apoyo político, especialmente por lo que respecta a Estados Unidos.

En el marco del TLCAN se ha dado un superávit en los balances comerciales de Canadá y de México con Estados Unidos, pero este país también ha aumentado notablemente las exportaciones a sus dos socios. Si bien el Tratado nunca ha provocado entusiasmo entre los estadounidenses, la deslocalización de puestos de trabajo manufactureros y el fenómeno de la inmigración mexicana han dado pie a discursos abiertamente contrarios al TLCAN. La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca ha supuesto un cuestionamiento oficial del mismo, en un contexto de desconfianza hacia el libre comercio que también puso de manifiesto Hillary Clinton en su campaña, marcando un cierto cambio de ciclo.

La predilección de Trump por el bilateralismo negociador supone una reversión de la dinámica trilateral del TLCAN. Una acentuación en esa línea puede alimentar las tendencias geopolíticas en el espacio norteamericano, que temporalmente habían sido mitigadas por el idealismo propio de las construcciones supraestatales. Esas tendencias conducirían a una dependencia cada vez mayor de Canadá en relación a Estados Unidos, en un proceso de absorción que podría fragmentar aún más la ya compleja cohesión nacional canadiense. En el caso de la frontera sur, si desde Washington no se hace un esfuerzo por integrar y reconocer la biculturalidad de parte de su territorio, la nueva dinámica llevaría a una incomodidad posiblemente creciente entre Estados Unidos

y México. Así, mientras Canadá puede seguir *deslizándose* hacia Estados Unidos, por falta de población y de mercado y por identidad cultural, México puede ver incrementado su distanciamiento de Estados Unidos por efecto del trato a su emigración y de su diferencia cultural. La primera tendencia apuntada reforzaría el dominio sobre el *heartland* continental norteamericano por parte de Estados Unidos, la segunda combatiría esa hegemonía.

i

*Emili J. Blasco\**  
*Analista de Geopolítica*  
*Doctor y profesor Relaciones Internacionales*

---

**\*NOTA:** Las ideas contenidas en los *Documentos de Opinión* son de responsabilidad de sus autores, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento del IEEE o del Ministerio de Defensa.